

Alcalá de Henares

Lunes, 20 de Febrero de 2017

Misa Votiva del Espíritu Santo

Homilía del Card. Mauro Piacenza

*Penitenciaro Mayor*

[*Sir* 1,1-10; *Sal* 92; *Mc* 9,14-29]

“*Creo, pero ayuda mi incredulidad*”. La frase de este hombre, padre del joven endemoniado, que la página evangélica que acabamos de escuchar nos presenta, ha atravesado misteriosamente los siglos y llega hasta nosotros, queridísimos amigos, en toda su frescura y, a la vez, en todo su dramatismo.

La oración de un padre que busca ayuda para su propio hijo, cuya vida está amenazada por el mal, y que desde el punto de vista humano nace del corazón, es una súplica que no puede dejar indiferente el oído misericordioso de Jesús. Sin embargo, el Señor pide, antes de liberar al joven, un acto de fe. El actuar de Dios en la historia, la acción de Dios en nuestra existencia personal están, como el Santo Bautismo en el que todos hemos sido inmersos, imprescindiblemente ligados también a nuestra fe. El actuar de Dios presupone la fe, la acción de Dios se explica desde la fe y, por último, el actuar de Dios da la fe.

En este caso el Señor Jesús pide un acto de fe para poder intervenir y la respuesta es más que nunca humilde y realista: “*Creo, pero ayuda mi incredulidad*”.

¡Cuántos hermanos nuestros están hoy atenazados por dudas de fe, desorientados por una cultura violenta y anti-religiosa, propiamente anti-cristiana, y se ven abocados a vivir en la niebla de la incredulidad, tras las tinieblas oscuras del desconocimiento de Dios y, en consecuencia, del desconocimiento de sí mismos. Lo que les falta es la invocación del auxilio

divino. Se hallan en las tinieblas, pero no piden poder salir de ellas y únicamente un encuentro puede cambiar su situación.

Pero, igual que para el hombre del Evangelio, para cada uno de nosotros son precisamente las circunstancias de la vida las que determinan una actitud nueva y un cambio.

El punto de partida de la breve pero eficaz súplica “creo, pero ayuda mi incredulidad” es un punto de partida positivo. Es la afirmación más que nunca fundamental en la historia del pensamiento humano en la que lo positivo precede a lo negativo, el ser precede al no-ser, la realidad precede al conocimiento de la realidad.

“Creo, pero ayuda mi incredulidad” es la actitud que cada uno de nosotros debe tener, partiendo de la propia profesión de fe; una fe nunca meramente individual, sino siempre eclesial, nunca subjetiva, sino personal; nunca sentimental, sino siempre profundamente amante.

Partir de la fe que ya tenemos, sea mucha o poca –sólo Dios lo sabe– significa partir de lo positivo y, como enseña la realidad, sólo se puede construir partiendo de lo que hay, no de lo que no hay.

Partiendo de la fe que tenemos podemos invocar constantemente la ayuda para los momentos y ámbitos de incredulidad de nuestro ser, y al mismo tiempo, trabajar incesantemente para que la fe no se pierda, las tinieblas no prevalezcan y el Reino de Dios sea continuamente dilatado.

Todos nosotros vivimos la experiencia constante de estar atravesando un momento de la historia particularmente difícil, nos atrevemos a decir que se trata de una encrucijada fundamental del devenir histórico y eclesial. Si ante nosotros está la certeza de la victoria de Cristo y, con Él, de la victoria de todos los que le pertenecen, la certeza del “*non praevalerunt*”, sin embargo, no podemos no mirar con el debido realismo la galopante descristianización, que se transforma en odio práctico a la Iglesia y a los cristianos; la apostasía silenciosa, como la definió San Juan Pablo II, que lleva a muchos a llamarse cristianos pero sin creer lo que cree la Iglesia; una apostasía, tan impregnada de relativismo, que ya no tiene ni siquiera la

fuerza para ser pública y teórica, sino que se queda en una constante praxis anti-cristiana y anti-evangélica, y por ello anti-humana.

En esta dramática situación, queridos hermanos y hermanas, debemos acudir a las mejores energías de la ininterrumpida y bimilenaria historia de la Iglesia, debemos conocer de qué modo los grandes pastores, los sabios doctores y los santos han afrontado situaciones ciertamente diferentes, pero no menos complejas, partiendo siempre y sólo de la fe.

Hoy más que nunca es urgente que podamos decir “creo”, redescubrir la común pertenencia a Cristo y a la Iglesia, redescubrir la propia identidad de Pueblo de Dios, llamado por Él y elegido para una misión irrenunciable, ¡la evangelización y la santificación del mundo!

Como cristianos, en cualquier contexto, estaremos llamados a vivir y a trabajar para que Cristo sea conocido, y por ello amado y obedecido. Todo esto no podrá depender, como es obvio, únicamente de nuestras propias fuerzas, pero sin nuestras fuerzas tampoco sucederá. Sólo el encuentro entre la libertad humana y la gracia divina, entre el “yo creo” y el “Tú ayuda mi debilidad”, permitirá que se desarrollen nuestras propias vidas y nuestra presencia en el mundo.

Como nos enseñan siempre los grandes santos, no existe un lugar, un ámbito, un ambiente en el que no se pueda dar testimonio. Lo único que nos impide dar testimonio es nuestro miedo, nuestro respeto humano y nuestra incredulidad.

Partir de la positividad de nuestra fe y pedir al Señor que nos ayude en nuestra incredulidad permite, como en el relato evangélico, la intervención salvadora del Señor, que, incluso cuando sus discípulos se manifiestan incapaces, puede obrar autónomamente, restaurando el orden de la creación y derrotando el mal. En el tiempo de la Iglesia, el Señor elige definitivamente confiarse a la mediación de su Cuerpo Místico, y en él, de modo único y especialísimo, a la mediación de la Bienaventurada Virgen María. En ella, Mujer de una fe perfecta, puede resonar nuestra humilde plegaria y nadie como María Santísima puede ayudarnos en nuestra incredulidad.

No entro en los detalles y en la descripción de las situaciones específicas a las que hoy se podrían aplicar estas elocuentes dinámicas; sin embargo, me interesa reconocer y confirmar que cada uno de nosotros, cualquiera que sea la ocupación que le ha sido confiada en la vida, en la sociedad y en la historia, es responsable delante de Dios, ante aquel Dios misericordioso, que precisamente por su misericordia y su amor, no se salta nunca nuestra libertad, sino que nos conduce continuamente a ella, tomándola muy en serio. ¡Mucho más de lo que lo hacemos nosotros! Más de cuanto nos pueda ilusionar el mundo, que tanto en sus falsas profecías de liberación social, como en las ideologías liberales e individualistas, promete lo que no puede mantener.

Queridísimos, para vivir así es necesario un don extraordinario, que es descrito en la primera lectura que hemos escuchado: ¡este don es la Sabiduría! Que es presentada como proveniente de Dios, que “la regaló a quienes le aman”, después de haber afirmado que: “La fuente de la sabiduría es la Palabra de Dios en las alturas y sus canales son los mandamientos eternos”. El amor a la Divina Revelación, que vive en las Sagradas Escrituras y en la ininterrumpida Tradición eclesial, auténticamente interpretada por el magisterio de la Iglesia, unido a la obediencia a la ley moral natural (los mandamientos eternos) y a la ley moral revelada (el decálogo y cualquier otra ley contenida en la Revelación) es origen y manifestación de la Sabiduría, que Dios da a aquellos que lo aman.

Es la fuente inagotable, que continuamente fluye para saciar nuestro deseo de Dios y de un horizonte al que tender durante toda la vida. Es el encuentro con el acontecimiento de Cristo, con su Persona, lo que determina la conciencia de los cristianos, lo que les descubre un horizonte nuevo y con él la orientación decisiva del ser y del obrar.

Hemos de vigilar constantemente porque el mundo, cuyo príncipe – según la expresión joánica– es Satanás, intentará corromper hasta el fin de los tiempos la verdad y la integridad de la Divina Revelación, desmitificando las Sagradas Escrituras y olvidando la Tradición eclesial,

aceptando únicamente algunas afirmaciones del magisterio y oscureciendo ingeniosamente el resto, descontextualizando, relativizando, irenizando y convenciendo a los hombres de que cualquiera deseo suyo puede convertirse en ley y ser justificado por normas humanas irracionales y por tanto anti-cristianas. ¡Hemos de resistir a esta tentación reiterada del mundo! Es lo que pretende el Santo Padre Francisco cuando constantemente nos invita a “no dejarnos robar la esperanza”.

¡Cuánta fuerza necesitamos! ¡Cuántas veces habremos de invocar: “Creo, pero ayuda mi incredulidad”!

¡Qué gran deuda tenemos con el mundo que, aunque inconscientemente, reclama no ser abandonado a sus tinieblas, sino que existan mujeres y hombres de luz, capaces de anunciar la verdad, de pagar por la verdad y de ser ellos mismos semilla de verdad.

En este año del Señor de 2017 brilla ante nuestros ojos la Estrella de la Bienaventurada Virgen María, que hace cien años habló elocuentemente en Fátima. Un centenario rico de drama y de esperanza, lleno de esperas y grávido de misericordia; una llamada universal, siempre renovada, a la conversión y a la penitencia, que culminan en la consagración personal y eclesial, de cada uno de nosotros y del mundo al Corazón Inmaculado de la Bienaventurada Virgen María. También a Ella, como hijos humildísimos, reconociendo la grandeza y la ternura maternas, podemos, sin temor de ser rechazados, dirigir las palabras del hombre del Evangelio.

Sí, ¡oh Virgen María!, fuente de toda esperanza, luz de todo camino, seguridad de todo cristiano, yo creo, nosotros creemos, pero Tú, en esta hora de tinieblas, ayuda mi..., ayuda nuestra incredulidad.